

SILVIA LARREA CABRERA

LA TORERA

relato basado en una leyenda



La Torera

© Silvia Larrea Cabrera, 2018

© Eskeletra Editorial, Quito, 2018

Dirección Editorial: Ramiro Arias

Diagramación: Doris Lovato

Diseño portada: Alfredo Ruales

Ilustraciones: Francisco Morales

Eskeletra Editorial

12 de Octubre y Roca (esq.) 1 piso Ofic. 102

Telefax: 2556691 / Casilla postal 164-B Quito

E-mail: eskeletra@hotmail.com

Web: www.eskeletra.com

ISBN: 978-9978-16-288-0

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por ningún medio electrónico, mecánico, fotoóptico, o cualquier otro sin la autorización escrita de la editorial.

Imagenpress. S.A.

Impreso en Ecuador

Capítulo I

Doña Anita vivía en la Cordero, esquina con la avenida 10 de Agosto. “El lugar es de mi hermano”, me había dicho un día en que la ayudé a ahuyentar a varios mozalbetes incómodos que trataban de hacerle salir de sus casillas, a los que la dama perseguía amenazándoles con su bastón.

Vivíamos cerca y me encontraba con ella cuando salía de casa para ir a esperar el bus del colegio. Si el día era soleado se la veía risueña, pese a que algunas personas dicen que tenía malhumor y que andaba con el ceño fruncido. Pero no, no era así; solo se enojaba cuando los niños le gritaban “¡¡¡Torera!!!”. Allí los perseguía con un palo forrado de terciopelo rojo que siempre llevaba en la mano.

Le gustaban los colores vivos y la ropa ceñida al cuerpo. Trataré de describirla de pies a cabeza;

o mejor, de cabeza a pies. Su singular vestimenta empezaba con un llamativo sombrero que tenía vida propia pues coqueteaba a los andantes con ligeros movimientos de pluma, escondida entre grandes y llamativas flores. Le seguía un colorido vestuario que debió ser muy elegante en su época, que la señora había olvidado cómo debía combinar. Usaba falda estrecha, abierta a un costado, le caía hasta más abajo de las rodillas; una blusa de encaje o de vuelos, con grandes botones de brillos y un lazo en el medio, ocultaba celosamente su pecho hasta la barbilla. Las tardes añadía a su atuendo un saco de fino paño y las más frías, las que amenazaban lluvia, salía con abrigo de cuello de zorro que la acariciaba en su afán de protegerla del viento helado de Quito. En ese entonces la temperatura de la ciudad era fría, tal vez por eso nos recogíamos temprano y no había tantos lugares nocturnos como ahora. “No creas, me impresiona ver a las muchachitas en camiseta o vividí a cualquier hora del día o de la noche. En mi tiempo usábamos abrigos por las tardes”, decía.

Cubría sus piernas con medias negras. Zapatos de tacón alto. No lograba explicarme cómo podían transportarla por las empinadas calles quiteñas pues parecía que La Torera hacía grandes esfuerzos por

mantenerse en pie... ¡y claro, a su edad!, para la época debía tener algo más de setenta años. La cartera dorada o plateada, o de lentejuelas de colores, completaba su feliz atuendo y la apretaba con firmeza entre sus manos para evitar que se le escapara corriendo.

La primera vez que la vi, acababa de salir de su casa y ya estaba asediada por varios niños del vecindario que la molestaban llamándola por su mote, que era con el que la conocíamos. Ella los persiguió muy enojada gritándoles: “pillines, mozalbetes malcriados, aprendan a respetar a una dama”, mientras los amenazaba con el palo. Apresuré el paso y cuando estuve muy cerca la saludé con una sonrisa y regañé a los chiquillos pidiéndoles respeto. Ellos se fueron riendo, sin dejar de decirle “Torera” hasta que desaparecieron. Doña Anita me agradeció, quejándose que, según ella, los niños le hacían la vida imposible.

A partir de ese día, saludábamos cada vez que coincidíamos en la esquina. Algunas veces le ayudé a cruzar la avenida y otras nos quedamos hablando antes de despedirnos. Así supe que Anita Bermeo, “la señorita Bermeo”, había venido de Ambato, que se enamoró de Quito y decidió quedarse a vivir aquí para siempre. Las malas lenguas decían que se había

escapado de un hospital psiquiátrico de la ciudad de las flores y las frutas, cosa que nunca se comprobó.

También, me confió que era soltera, que siempre lo había sido, que cuando era joven tenía muchos pretendientes; que trabajó en La Tejedora, una fábrica textil que luego se llamó La Internacional, en donde se destacó por ser una buena empleada, disciplinada, colaboradora...

La Torera vivió varios años en la calle Cordero, hasta que ingresó al Asilo de Ancianos Corazón de María, de donde partió en 1984 custodiada por un coro de ángeles que la acompañó a la eternidad.

Amaba nuestra ciudad con verdadera pasión y por eso la recorría a pie, una y otra vez, sin cansarse, explicando a quien quisiera oírle que era la administradora de la ciudad y la encargada de cuidarla; que sus plazas, calles y montañas que la circundan eran de su propiedad. Aun cuando vivía en el asilo, salía todos los días a recorrer su Quito.

Tenía bastantes arrugas, pero conservaba vestigios de haber sido una mujer hermosa. Se maquillaba un poco. Los ojos, no. Un rojo corazón ocupaba el lugar de sus labios. Sus arreboladas mejillas recibían un toque infantil de colorete, formando dos círculos casi perfectos.

Medía poco menos de metro y medio, era muy delgada, no se sabe si por vanidad al querer conservar su figura o porque no se alimentaba suficientemente bien.

Compartía lo que tenía, que por lo general era poco. Vivía en casa de su hermano, según decía, aunque nunca la vi con nadie y no parecía tener familia. Sus únicas pertenencias eran una cama de una plaza, un edredón de plumas y un lustroso armario con agarraderas en donde guardaba su mayor tesoro: una gran colección de ropa muy original, proveniente de las mejores tiendas de Europa y Estados Unidos. Una familia acomodada le obsequiaba las prendas de vestir que ya no usaban y pagaba a las costureras Laura Bustillos y Rosa Trujillo para que se las achicaran a su tamaño. ¡Ah, me olvidaba!, en un rincón de su cuarto tenía una caja de cuero repujado llena de encajes y velos de mil colores. Cada vez que le llegaba ropa nueva escogía con afán los encajes o los velos que servirían para volver más elegante cada prenda de vestir. Detestaba el polvo y tenía verdadera manía por la limpieza de su habitación, la que brillaba como si varios rayos de sol se hubiesen alojado en ella.

